

CONFESIÓN DE UN CRIMEN

María Jimena Padilla Berrío

Guajira, lectora, callejera, preguntona. Amante de historias, del mar y la luna. Fan de Mafalda y el Principito, de las letras, de la palabra. A veces economista, a veces abogada.

“Ella es sobrina de don Tuto, ¿te acuerdas de don Tuto?”, me preguntó mi mamá mientras me presentaba una amiga que estaba de visita. “Sí, don Tuto, claro... me acuerdo del día en que falleció”, dije desprevenida, sin saber por qué hacía alusión justo al día de su muerte. A decir verdad, fue una muerte distante, solo recuerdo que era sábado, y que al despertar escuché a mi mamá comentar que había muerto don Tuto. Tal vez me marcó porque era lo más cerca que conocía la muerte en ese momento. Significaba, entonces, que ya nunca más lo vería sentado en la mecedora de la terraza de su casa por las tardes. Significaba, también, que no habría más tardes de complicidad.

Nadie sabía que éramos amigos, tal vez porque para entonces yo tenía 6 años y don Tuto 81 o tal vez porque nunca me pareció relevante contarle a nadie sobre nuestra amistad repentina, y más que eso, interesada. Mi amistad con don Tuto empezó mal y, por lo visto, terminó peor. A mis 6 años, me parecía inaudito que un anciano como él se sentara a comer dulces con una niña como yo. La amistad era repentina porque, una tarde cualquiera, apareció un anciano solitario sentado en la terraza de su casa en una mecedora, con el semblante de quien no se puede parar de ahí por sí mismo. Yo estaba muy pequeña, el mundo era muy nuevo para mí, pero hoy puedo entender que don Tuto estaba en esa faceta a la que llegaremos si logramos envejecer, en la cual se depende completamente de los demás, y esos demás disponen enteramente de nosotros, con la complicidad del declive de la vida.

Su casa quedaba antes de la esquina, y yo pasaba por ahí en las tardes, en mis idas clandestinas a la tienda a comprar dulces. Me tocaba así, a escondidas, porque mi mamá me tenía prohibido comer dulces y, además, porque el dinero para comprar los dulces lo robaba de su bolso. Llevaba el pecado a cuestras, por partida doble. Un día cualquiera, un día de esos en los que volvía de la tienda, caminando despacio y con sigilo para que nadie en mi casa me sorprendiera, tratando de demorarme para poder comer los dulces antes de ser descubierta, alcancé a escuchar una voz tenue que, aunque parecía lejana, se oía persistente.

Alcé la cabeza desprevenida y me topé con la mirada del anciano. Me detuve, dudé unos segundos, y entonces el anciano, que parecía hacer un gran esfuerzo para hablar, hacía un movimiento lento con el brazo, como indicándome que me acercara a él. Con desconfianza, por aquello de que mis papás me decían que no hablara con desconocidos, eché un vistazo rápido a mi alrededor, analicé al anciano y, casi que por instinto me acerqué un poco al constatar que no tenía muchas posibilidades de hacerme daño. Mientras me acercaba, con pasos muy cortos y casi que calculados, él continuaba su monólogo inaudible. Yo podía deducir que me estaba hablando a mí, pero no le entendía nada. Su voz trémula y cansada casi no lograba escucharse ni entenderse. Cuando estuve más cerca pude entender que me estaba preguntando el nombre. Con desconfianza, con algo de recelo, dije mi nombre muy rápido y en voz baja con la intención de que no me entendiera. Además, si le decía mi nombre sentía que me ganaba el derecho a preguntarle después el de él, aunque no fue necesario, pues antes de que me atreviera a hacerle la pregunta ya él me había dicho: soy Tuto.

“Don Tuto”, repetí, porque en mi mundo a los mayores se les decía señor y señora, pero él tenía cara de “don”. La amistad empezó mal porque, cuando quise entender por qué me había llamado, ahí estaba él señalando mis dulces, pidiéndome que le diera algunos. Ni siquiera tuve tiempo para pensar en una vía de escape, así que solo me quedó compartir de mala gana mis dulces con él. De todo me imaginé en la vida en ese momento menos que quería mis dulces. A los 6 años, lo último que alguien se imagina es que un anciano llame a un niño para quitarle sus dulces. Desde ese día mi plan ya no consistía en esconderme de mi mamá, sino también de don Tuto, ese anciano de la mecedora que me pedía dulces.

Dediqué horas pensando en la manera más efectiva para ignorarlo disimuladamente. Al principio se me ocurrió pasar rápido, corriendo, fingiendo estar concentrada en una carrera contra reloj, y por eso, solo por eso, pasaba desprevenida sin darme cuenta que él estaba ahí, y peor aún, sin percatarme si me llamaba en algún momento. Otras veces, sin muchas ganas de ir a las carreras, me acercaba con sigilo, vigilando desde lejos para constatar que don Tuto no estuviera sentado en la terraza. Y en esas, un día cualquiera fui sorprendida con mis malos cálculos.

Según yo, había mirado desde lejos y no lo había visto en la terraza, así que decidí pasar desprevenida, con la tranquilidad de no encontrarlo en su mecedora.

Al pasar en frente, con la mirada de los curiosos que voltean solo para constatar que todo está en orden, me encontré con la mirada de don Tuto de repente, y sin poder reaccionar, para sorpresa de ambos, me volvió a hacer seña con las manos para que me acercara. Paralizada por el asombro, me acerqué lentamente con el susto de que iba a perder mis dulces nuevamente, aunque invadida de una sensación inusual al pensar que no venía de regreso y, por ende, no me podía quitar los dulces, pues ni siquiera los había comprado. Me acerqué con curiosidad, pues sin el riesgo de perder mis dulces no sabía qué quería don Tuto. Me planté en frente, pensando en las excusas que le diría si me llegaba a preguntar por qué no había vuelto a responder sus llamados. Le diría, si me preguntaba, que seguramente no lo había visto porque había pasado corriendo, y que es posible que no lo hubiera escuchado porque él hablaba muy bajito, y que de pronto el ruido de la calle, de los carros... en fin, que por alguna extraña razón no lo había visto.

Mientras seguía maquinando mis posibles respuestas, don Tuto me extendió un billete y, casi con una sonrisa de triunfo, balbuceó algunas cosas de las que concluí que me estaba pidiendo que fuera a la tienda y le comprara dulces. Ese momento, quizás, fue una de mis primeras grandes lecciones de vida. No, a don Tuto no le interesaba escuchar mis mentiras, solo quería sus dulces, y yo le había dejado claro que no pensaba compartir los míos. Desconcertada, fui a la tienda y regresé con una bolsa llena de dulces, avergonzada de sentirme descubierta, al constatar que don Tuto sabía que todo ese tiempo había estado ignorándolo de manera deliberada.

Su cara de alegría contrastaba con mi cara de desconcierto. Don Tuto irradiaba una alegría inusitada y yo solo tenía ganas de desaparecer. Le extendí la bolsa, rogando que me la recibiera rápido para poder marcharme, y solo hasta que él empezó a sacar los dulces y extenderme algunos entendí que quería compañía, que necesitaba la complicidad de esa niña que iba por la vida con ganas de comer dulces. Desde ese día, y en adelante, empezó una amistad genuinamente interesada, ahora mis idas a la tienda consistían en cerciorarme que él estuviera sentado en la

terraza, pasar despacio y saludarlo, mientras él hurgaba en el bolsillo de su pijama y sacaba monedas, o billete, lo que a bien tuviera ese día. Así duramos un tiempo, que no fue muy largo, hasta ese sábado en que mi mamá dijo desprevenidamente que había fallecido don Tuto, el vecino.

Su muerte, más allá de indicar que no habría otras tardes de dulces, significó la pérdida de una complicidad que años después entendí. Don Tuto murió ahí, y nadie nunca supo de nuestra amistad, hasta ahora. Pasaron los años y yo apenas la entendí ese día en que dije “sí, don Tuto, claro... me acuerdo del día en que falleció”. La amiga de mi mamá, como tratando de seguir el hilo de la conversación, por decir cualquier cosa relacionada con lo que yo acababa de decir, se dirigió a mi mamá diciendo “ah sí, el día que mi tío murió... imagínate Carmen que ese día me llamaron a decirme que había amanecido con el azúcar en 600 y pico, al poco rato murió”. La cosa quedó así, nadie supo por qué ese sábado amaneció con el azúcar en 600 y pico. Nadie nunca investigó el crimen, es más, nadie nunca lo notó. ■